

no eran templos (si en algo a la falsa religión o superstición se enderezaban) sino las mismas casas de los caciques y señores, que eran mayores que las de los demás de la gente común. Estas casas llamaban *cancies*, que quiere decir casas de los señores principales; y en estas dichas casas hacían sus *cohobas*, que eran sus sacrificios (si algunos hacían), y aquí en estos lugares celebraban los actos de su religión y falso culto.

De esto o algo más se ha hallado en la tierra firme, hacia las provincias de Popayan; conviene a saber que en las casas de los reyes o señores había un apartado más aderezado y compuesto que todo lo demás restante al servicio y cumplimiento de la casa, donde había muchos incensarios de barro; todo el aposento o oratorio estaba muy limpio y barrido y muy cubierto de esteras muy artificiosamente labradas a su modo y usanza. De aquí se presume ser aquel aposento y recámara, templo o lugar de templo, donde concurrían a sus engañadas oraciones, ofreciendo al demonio, con humildes suplicaciones, sus necesidades, con ánimo de ser favorecidos y librados de ellos. Y esto referido corría por muchísimas leguas, hasta cuasi los inmensos reinos del Pirú, por una y otra parte de los mares del Norte y Sur, en cual más cual menos, de todas aquellas tierras.

CAPÍTULO IX. *De los muchos y sumptuosos templos que había en la Nueva España y de la forma con que se edificaban*



BIEN SE MIRA EL BAJO y poco curioso modo con que estos isleños trataban a sus falsos dioses, hallarse ha que, aun esto poco era más de lo que el demonio merece, pues es indigno de todo servicio y honra que se le haga, y cualquiera que tenga es usurpada de Dios, a quien como a verdadero señor, toda le es debida. Pero como esta poca curiosidad no nacía de menosprecio, sino de no ser muy dados a la idolatría, no lo tenemos por alabanza en ellos sino por cosa acerca de la cual no alcanzaron más, ni la entendieron. Y así, dejándolos como a mercedores de poco nombre, es muy justo que nos pasemos y vengamos a los antiguos moradores de esta Nueva España, los cuales tuvieron sus dioses y templos para ellos en tan crecido número, que hay bien que hacer en decir alguna parte de todos; porque no sé si sería posible encarecer la grandeza y número de los templos grandes y sumptuosos que había en contorno de cuatrocientas leguas en esta tierra que llamamos Nueva España.

La forma común de los edificios de estos templos en esta tierra era ésta: lo primero (como en otra parte tiene amonestado el Filósofo), se escogía el lugar más eminente y honroso de todo el pueblo, ora fuese chico ora grande; luego hacían una gran plaza o suelo cuadrado; este patio, plaza o suelo, cercábanlo de pared de un estado o dos en alto; en el cual patio dejaban cuatro puertas, que cada una correspondía a las cuatro partes del cielo: oriente, poniente, norte y mediodía. A estas cuatro puertas de este patio y suelo correspondían las cuatro más principales calles del pueblo y cami-

nos que al dicho pueblo venían de otros comarcanos. Y de tal manera y tan nivelado concierto corrían estas calles, que venían derechas al patio sin torcer poco ni mucho, porque para que no tuviesen semejante defecto las sacaban con cordel y muy ajustada medida; y lo mismo los caminos, por más de una legua y dos; de manera que calles y caminos venían muy derechos a dar al templo que se edificaba. Y esto era por fin que todos los que viniesen al pueblo de otros, cualesquiera que fuesen, no pasasen sin hacer acatamiento y reverencia al templo, ni dejasen de sacrificar o ofrecer algo al ídolo o ídolos que allí estaban colocados por los moradores del pueblo. No eran en proporción estos templos iguales, aunque en hechura y forma sí; porque si el pueblo era grande, edificaban su templo o templos muy grandes y de grande majestad, como se verá tratando del de Mexico; y si era chico, acomodaban el edificio al número de los vecinos y moradores de él.

Dentro de aquel patio, que cercaban con paredes quebradas, fundaban una cepa maciza y torre, al mismo modo cuadrado que el patio, de cincuenta y cien brazas (más o menos, conforme era el pueblo, según hemos dicho), y cuanto más esta obra se levantaba y subía en alto, se iba más estrechando y embebiendo, haciendo unos relejes desde fuera. El primero era grande, el segundo no tanto y el tercero menos; y de esta manera iba subiendo, a manera de pirámide, esta torre muy alta; y remataba en su final altura en un suelo llano, a manera de placeta, de obra de setenta pies de ancho. Y en lo que este edificio se diferenciaba de la pirámide, es en que la pirámide va seguida hasta rematar en punta (como dice San Isidoro,<sup>1</sup> y se verá en otro lugar), y este templo tenía relejes que consumían parte del edificio; y aunque no fenecían en la anchura que comenzaban, al fin quedábales placeta encima. Por la parte de este edificio, que tenía por frente o delantera, no tenía relejes sino gradas, desde el suelo hasta lo alto arriba, muchas o pocas, conforme era el edificio. Sobre todo este edificio, que parecía una torre, sentaban dos altares hacia el oriente, de manera que por la mayor parte miraban al poniente, no dejando detrás de ellos más suelo de cuanto para andar por detrás bastaba. Uno de estos altares estaba a la mano derecha y el otro a la izquierda. Éstos estaban dentro de sus capillas y casas cubiertas. El haber dos altares, no era sino en los templos grandes y principales; pero en los menores no había más de un altar y sobre estos altares había tres altos o sobrados, uno sobre otro, de mucha altura y cada uno se andaba a la redonda. Delante de estas capillas, hacia un suelo muy ancho y espacioso, donde se hacían los sacrificios y solo el altar del templo hasta el suelo o placeta, que hacia arriba donde remataba y estaban los altares y capillas, era como una gran torre. Sin los tres sobrados que cubrían y subían sobre los altares; y de estas ruinas hay infinidad en esta Nueva España, con sus gradas y altura, que parece cosa increíble haberlos los hombres edificado y hecho a mano.

En los mismos patios de los templos principales había otros templos me-

<sup>1</sup> Div. Isidor. Originum, lib. 3. cap. 12.

nores, de otros particulares dioses, que hacían muy hermosa obra los unos con los otros; porque eran unos más altos que otros y remataban muy curiosamente, y con la variedad de sus remates hermooseaban el montón del edificio. No estaban sentados estos templos de una misma manera, porque aunque en los templos mayores y principales se guardaba el haber de tener las espaldas al oriente y las gradas y puertas de las capillas al poniente, en los demás no se guardaba este orden; y así, unos miraban al norte, otros al mediodía y otros al oriente. De manera que estando encontrados y puestos unos contra otros, hacían una vista muy agradable y gustosa. En todos estos que se llamaban templos menores y adjuntos, no había más de un altar y una capilla.

Para el servicio de estos templos había en los patios salas y aposentos donde vivían los sacerdotes y ministros de ellos, así para su culto y limpieza como para el servicio de leña y otras cosas semejantes, con que de continuo eran servidos. Delante de los altares, en estos templos, había unos braseros hechos de piedra y cal, de tres cuartas en alto, de figura circular o redonda y otros cuadrados, donde de día y de noche ardía continuo fuego (como en otro lugar diremos);<sup>2</sup> tenían sus fogones y braseros todas las salas de los dichos templos, donde encendían fuego para calentarse los señores, cuando iban a ellos, y para los sacerdotes y gente de servicio.

Todos aquellos templos y salas, y todas sus paredes que los cercaban, estaban muy bien encaladas, blancas y bruñidas, que verlas de cerca o lejos causaba gran contento mirarlas; los patios y suelos eran teñidos de almagre bruñido y incorporado con la misma cal, y tan limpios y lucidos estaban, que no parecía que manos de hombres los hubiesen hecho, ni que pies humanos los pisasen. Y es tanta verdad esto que sin que parezca encarecimiento puede ser creído, porque demás de ser verdad que otros nos la han certificado, hemos visto de presente algunas ruinas que verifican lo dicho. Había en estos templos árboles, flores y huertos y jardines de mucha fragancia y recreación, para el servicio y adorno del dicho templo.

No sólo había en un pueblo templo principal y otros menores, dentro de él, pero en cada barrio o parroquia, y fuera del pueblo un cuarto de legua, tenían otros patios pequeños donde había a tres y a cuatro, hasta seis templos pequeños y lo mismo hacían en las sierras y tierras altas (como ya en otro lugar hemos dicho); y también los había por los caminos (como nosotros los cristianos tenemos ahora cruces y humilladeros) que les servían de recordación de sus dioses a los que por ellos pasaban; y lo mismo edificaban en sus sementeras y sembrados que eran como ermitas y estaciones. Eran muy solícitos estos idólatras en tenerlos siempre muy encalados y blancos; y en desollándose o deslustrándose alguna pared o parte del edificio, luego lo volvían a encalar y enlucir los oficiales que para esto estaban diputados; los cuales no acudían a otra cosa, ni servían en otro ministerio más que en éste; y así andaban solícitos y cuidadosos cada día visitando los templos y altares, para reparar lo que hallasen desollado o caído. El

<sup>2</sup> Infra cap. 11.

ornato, autoridad y hermosura que los pueblos cobraban con los edificios de los templos, era cosa muy de ver, mayormente los pueblos y ciudades grandes y populosas; porque mientras más gentío, más templos había entre los barrios, que saliendo por cima de las casas de los vecinos, en tan grande exceso, hacían labor muy de notar. Dentro de estos templos había cosas tan de cuenta, que ponía cuidado y deseo de volver a verlos a los que una vez los veían.

CAPÍTULO X. *Que trata del intento que el demonio pudo tener para dar orden cómo entre estos indios occidentales hubiese esta manera de templos, no habiéndose usado entre ningunas naciones del mundo*



OMO SIEMPRE EL DEMONIO ha sido tan amigo de honra y por esta razón había tenido por fin apetecer la igualdad de Dios, como lo dijo el profeta;<sup>1</sup> y a que por esta causa tan reprehensible y execranda fue desterrado de la altura y excelsidad de los cielos; y no habiendo podido salir con su depravado y soberbio intento, en aquellas alturas soberanas, ha querido en la tierra llevar a debida ejecución su altivo y desatinado propósito; y como para salir con esta su diabólica empresa no podía por sí solo, sin el comercio y multitud de los hombres, hízose a una con ellos. Y ésta fue una entre otras causas, de engañarlos y de ponerles en corazón, que olvidándose del verdadero y poderoso Dios y señor de todo lo criado, a él, como a propio y verdadero (siendo falso y fermentido), le reconociesen con particulares servicios y adorasen. Y como la naturaleza angelical no fue criada de Dios para cosas rateras y bajas y la inclinación suya sea apetecer las supremas y altas, ya que no puede llegar a la cumbre y alteza que pretendió, que es la igualdad de Dios, la cual excede a toda cumbre y alteza en las más encumbradas moradas celestiales, procura en la tierra lugares que levantándose de ella por las regiones de los aires, den a entender las cosas altas a que se inclina, sustentándose siempre en lo más supremo y alto de su soberbia. Por este modo ha movido e incitado los voltarios corazones de los hombres, para que siendo él obedecido (como en otra parte se dice) sea Dios defraudado, en todo el bien que en nosotros pretende. Y les ha hecho hacer cosas en su servicio tales, que a no estar ciegos y privados de la verdadera razón, conocieran la poca del demonio y dejando de seguirle, mofaran y se rieran de él. Pero como dejados de la mano de Dios y entregados a las tinieblas de sus infernales apetitos, han hecho su voluntad en las cosas que al maligno engañador le ha parecido ser necesarias y convenientes para engrandecer y eternizar el nombre de Dios, que falsa y criminosamente se ha usurpado.

Una de estas cosas en que más se ha pretendido aventajar ha sido tener

<sup>1</sup> Isai. 14.